

Testimonios

En 1926, la "revista semanal ilustrada" que Ezequiel Balarezo Pinillos publicaba en Lima bajo el evocativo nombre de Perricholi consultó la opinión de dieciocho escritores, pertenecientes a diversas generaciones, para establecer a quién consideraban "la figura literaria más grande que ha tenido el Perú". Y, no obstante las reservas opuestas al tono excluyente de la interrogación o los recortes hechos por cada uno a la validez absoluta de la respuesta, se advierte notorias concordancias en los juicios. Ahora, a punto de vencerse tres décadas, la encuesta adquiere una valiosa perspectiva histórica y contribuye a precisar la consagración que sus resultados suponen.

En efecto, de los dieciocho escritores consultados sólo dos eludieron el compromiso —Emilio Gutiérrez de Quintanilla y Marcial Helguero Paz Soldán—, uno expresó sus afinidades sentimentales con obras ajenas, y otro afectó —acaso humorísticamente— suponer su propia nombradía. Entre los catorce restantes se advierte marcada preferencia por Ricardo Palma, ya en forma absoluta, ya admitiendo que comparte la preeminencia con otro escritor. Ocho consideran la maestría estilística y el vigor combativo de Manuel González Prada; seis mencionan a José Santos Chocano; dos al Inca Garcilaso de la Vega. Es interesante la coincidencia de José Carlos Mariátegui y Jorge Basadre, en cuanto señalan la prestante significación de César Vallejo; y, en tanto que el primero califica el caso de Abraham Valdelomar como "el más interesante de la literatura del Perú independiente", el segundo destaca su especial preferencia por José María Eguren.

También adquiere relieve en la encuesta una insistencia en el carácter provisional de cualquier opinión, pues, en verdad, se encuentra determinada por los gustos y las tendencias de la época. Inclusive, corrobora tal salvedad el hecho de haberse juzgado recientemente que José de la Riva Agüero es la figura mayor en las letras peruanas. Pero los acentuados relieves de los escritores a quienes favorecen los sufragios de la encuesta advierten, positivamente, que ésta ha sido severa y, en cierto modo, ha sido confirmada por la historia literaria.

Las respuestas que aquí transcribimos aparecieron en los números 8, 9, 11 y 13 de la mencionada revista Perricholi, correspondientes al 11 y 18 de febrero, 4 y 18 de marzo de 1926. Además, apareció en el número 10 (del 25-II-1926) un artículo de Luis Alberto Sánchez, quien incide en el tema de la encuesta pronunciándose en favor del Inca Garcilaso.

¿CUAL ES EN SU CONCEPTO LA FIGURA LITERARIA MAS GRANDE QUE HA TENIDO EL PERU?

JOSE GALVEZ

Aunque ni el lugar ni la hora eran propicios para una charla literaria, creí conveniente, sin embargo, para no desperdiciar la oportunidad que se me presentaba, detener a mi amigo el poeta José Gálvez, —catedrático de Literatura Castellana en nuestra Universidad—, para interrogarle acerca de la sensacional cuestión planteada en esta *enquête*.

Y Gálvez, con su habitual amabilidad, escucha atentamente mi pregunta y al punto me contesta.

—Sin titubear, amigo mío, yo puedo afirmar que la figura más grande que ha tenido el Perú es Don Ricardo Palma.

—¿Podría usted darme alguna razón que justifique su pensamiento?

—No tengo ningún inconveniente, y antes, por el contrario, me place dársela. Yo creo sinceramente que Ricardo Palma, el tradicionalista inmortal, ocupa el primer lugar en nuestra literatura, porque ningún otro escritor como él logró tener un estilo tan propio, lo cual es, sin duda, lo que más fuerte personalidad da a un artista. Y naturalmente el estilo es una de las más fuertes características de la obra maravillosa de Palma. Después de él son muy pocos los que han conseguido destacarse como escritores de estilo *sui-géneris*.

—Y hay algo más, —me dice Gálvez—. Su obra es de una belleza tan sugestiva, tan sugeridora, tan llena de suaves encantos que a medida que el tiempo transcurra, se le irá apreciando mejor y queriéndola más. ¿Y sabe usted por qué?

—Usted tiene la palabra...

—Porque acaso uno de los méritos más destacados de Palma es el haber espigado, con un amor verdaderamente apasionado por nuestras viejas cosas literarias, en campo propio, lo que, indudablemente, no han hecho otros escritores de grandes o pequeños relieves. Que ha habido en el Perú intelectuales prestigiosos, en los que se observa los detalles del genio, es incuestionable. Algunos de ellos consiguieron, en cierto modo, monopolizar la atención pública. Pero nadie ha sido como Palma, y, seguramente, tardará mucho tiempo en que aparezca en nuestro campo literario un escritor de mayor singularidad.

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Se me presenta una nueva y grata oportunidad de estrechar la franca mano de José Carlos Mariátegui, uno de nuestros más firmes valores intelectuales, quien, no obstante su grave dolencia, cuya aguda crisis ha pasado felizmente, conserva sin embargo, una bella lozanía espiritual que sirve de estímulo y ejemplo a tantas almas timoratas, es cordial mi simpatía por este escritor que ha logrado —rara avis— una filiación y una fé, mientras otros se esfuerzan por ocultar sus sentimientos propios, acaso por considerarlos como un pecado.

—Nunca he sentido la urgencia, —me dice cuando le hago mi pregunta— de encontrar entre nosotros la figura máxima. Pero usted me pone delante de la interrogación y hay que responder. Empezaré, a mi vez, por plantear otra cuestión: la de la imposibilidad de que una figura conserve un valor absoluto en todos los tiempos. Precisamente acabo de escribir en un artículo sobre "Jeanne d'Arc" de Delteil que los personajes de la historia o de la fantasía, como los estilos y las escuelas artísticas y literarias, no tienen la misma suerte ni el mismo valor en todas las épocas. Cada época los entiende y los conoce desde su peculiar punto de vista, según su propio estado de ánimo. El pasado muere y renace en cada generación, y los valores de la historia, como los del comercio, tienen altas y bajas.

—¿Cree usted que es así?

—Sí. Tal es mi pensamiento. Porque en el arte la fluctuación y la inestabilidad de los valores son muy claras, muy netas, muy precisas. Ha habido épocas enamoradas de Miguel Angel. Ha habido otras que han delirado por el barroquismo. Y, en cambio, otras han preferido a los prerrenacentistas, por ejemplo, la nuestra. Soy, pues, en estas cosas relativista. Una valoración está siempre subordinada a su tiempo.

—¿Pero podría usted precisar su opinión?

—Como no. Pero antes habría que comenzar primero por definir la literatura peruana. ¿Cuándo principia? ¿Desde cuándo es peruana? La literatura de los españoles de la colonia no es peruana. Es española. Hay, sin duda, excepciones. Garcilaso de la Vega es una de ellas. En éste el sentido indígena está en la sangre. Está en una vida que respira aún el hálito del imperio. Y Garcilaso es una de las cumbres de toda nuestra historia.

Mi distinguido amigo se explaya alrededor de este tópico tan interesante, y luego, concretando sus ideas, me dice en forma bastante precisa y concreta:

—Se dice que la historia de toda la literatura se divide en tres períodos: el colonial, el cosmopolita, el nacional. En el primero, un pueblo, literariamente, no es sino una colonia de otro. Su literatura tiene una metrópoli. Hace poco tiempo nuestra literatura ha salido de este período. Estamos en el período en que concluido el dominio exclusivo de España, la literatura en el Perú experimenta diversas influencias extranjeras. Y hay que señalar dos fenómenos interesantes.

—¿Cuáles son ellos?

—En el período colonial no supimos sino suspirar nostálgicamente por el virreinato y cantar engoladamente las glorias de España. En este período de las influencias cosmopolitas y extranjeras, buscamos en cambio, lo indígena. En el Perú independiente, —independiente ya hemos visto hasta qué punto, al menos en literatura—, se destacan, para todos, las

figuras de Ricardo Palma y Manuel González Prada. Pero Prada no fué solo hombre de letras y, por consiguiente, el juicio de los que en él aman, notoriamente, al rebelde y al acusador, puede aparecer influenciado por este sentido. Creo, sin embargo, que la significación exclusivamente literaria de González Prada, en nuestra literatura, tiene contornos muy nítidos. El marca, precisamente, el principio de la transición del período colonial al período cosmopolita. Nuestra literatura recibe en su obra una honda influencia francesa, señaladamente parnasiana. Eguren y Valdelomar, introducen, más tarde, en nuestra literatura elementos de escuelas no españolas, concurriendo así a la transición. Eguren aclimata en un clima y una estación poco propicia, la planta preciosa y pálida del simbolismo. Valdelomar nos aporta un poco de d'annunzianismo y de wildismo. Y a propósito.....

—¿A propósito de Valdelomar?

—Sí, —me responde Mariátegui. Yo considero al Conde de Lemos, como temperamento artístico y como vocación literaria, el caso más interesante de la literatura del Perú independiente. Nunca se emplea tan bien el vocablo malogrado, —que tan generosamente se prodiga—, como cuando se aplica a Valdelomar. Y es que Valdelomar está a muchos metros por encima de los diversos Pardo y Aliaga que ocupan todavía tanto sitio en la historia de las letras.

—¿Y Chocano?

—Claro está que Chocano tiene, como pocos, derecho a ser nombrado en una revisión de nuestra literatura. Chocano es la elocuencia. Se pretende, a veces clasificar su poesía caudalosa, excesiva, grandilocua sonoramente melódica, como una poesía característicamente tropical y autóctona. Y a mí me parece que la elocuencia, el énfasis, la declamación excesiva de Chocano descienden absolutamente de España. Hay en Chocano, en todo caso exuberancia y exorbitancia criollas; pero de ninguna manera hay sentimiento indígena, que es fundamentalmente sobrio. Lo indígena es, como lo egipcio, geométrico y hierático.

—¿Y quiénes son, en concepto de usted, los que tradujeron el verdadero sentimiento indígena?

—Melgar es uno de ellos. Pero en nuestra época hay ese sentimiento en ese admirable poeta que tanto amamos todos los hombres de la misma sensibilidad y de la misma época: César Vallejo.

—Encuentro muy valiosas sus apreciaciones. Pero, a trueque de fatigarle, deseo que precise usted su opinión.

Mariátegui me responde con absoluta seguridad:

—Ya le he dicho lo que pienso sobre la imposibilidad de una valoración absoluta. Yo no soy un experto en nuestra historia literaria. Y, por lo demás en las opiniones que le he dado, está el juicio que en su pregunta, —la pregunta es un pretexto—, sustancialmente me pide usted.

IGNACIO BRANDARIZ

El prestigioso periodista, Ignacio Antonio Brandariz cuya larga y proficua labor es tan conocida y apreciada, —me recibe con solicitud cordial y me manifiesta que encuentra de gran trascendencia mi pregunta para todos los que se preocupan con interés por nuestras cuestiones literarias.

Y con gran espontaneidad y franqueza, Brandariz, sin llamar en su auxilio a la meditación, me responde:

—Categorícamente declaro que entre nosotros la figura literaria más grande es el poeta José Santos Chocano. ¿Acaso necesito exponer razones para afirmar mi opinión?

—Si usted no tiene inconveniente...

—Creo que no hay necesidad. Esta es, por otra parte, mi contestación lisa y llana. Si se tratara de señalar cualidades, de indicar detalles, de expresar causales, a fin de precisar mi criterio, ya sería otra cosa. Pero me parece que doy satisfactoria respuesta a su interrogación. ¿No es eso?

—Así es. Y por ello le agradezco de veras su amabilidad.

Y dejo a Brandariz, periodista de pura cepa, consagrado a sus labores profesionales que por un momento ha interrumpido para atenderme y contestar la encuesta.

PEDRO DULANTO

Pedro Dulanto, catedrático de Historia de América en San Marcos, y positivo espíritu de hombre de letras, con personalidad definida y con talento claro, me dice:

—No siendo mis actividades intelectuales propiamente literarias, sólo la amable insistencia de usted para que dé mi opinión acerca de quién es, a mi juicio, el mejor lite-

rato que ha tenido el Perú, me obliga a producirme, pese —como digo— a mi falta de autoridad en la materia.

—Pienso —continúa Dulanto— que la mayor figura literaria con que cuenta el país es la de Ricardo Palma.

Me vuelvo todo oídos y el catedrático de Historia continúa:

—La manera como Palma cultivara el género de las tradiciones, no tiene antecesores ni continuadores. Realizó, pues, una verdadera creación, fruto espontáneo y primoroso de su ingenio. Palma es solo Palma. Y por serlo su figura estatuaría sólo se conviene perennizada en una cima universal e inaccesible.

—A más de eso —prosigue— Palma, al reconstruir, con el milagro de arte, con más justeza que con documentos históricos fehacientes, al decir del severo Juan Valega, todo lo que el Perú fué, resulta sobre genial, representativo de una época tan dilatada cuanto maravillosa.

Sobre estas calidades, la maestría del estilo, el don como ninguno de la facilidad y de la concisión, la frescura y el embeleso, que aligeran, sus páginas aromosas. Y nada más difícil que esta clase de ingenio.

—Añada usted por sobre todo esto, la unidad literaria en la vida del hombre. Accidentalmente marino o aficionado a lides políticas, pero sustantivamente literato siempre, sin más finalidad auténtica y realizada que la de su arte amado.

—¿Quién entre nosotros con mayor suma de atributos literarios? Y no concluyo porque esta pregunta de usted, mi querido amigo, ha tenido la virtud de retrotraerme no sin cierta complacencia, a casi tres lustros, incorporándome, por el recuerdo, a mi agitada vida universitaria, que en cierta ocasión asociara a uno de los mejores días de Palma, cuando todas las juventudes de América, representadas en el Tercer Congreso de Estudiantes Americanos reunido en Lima, le tributaron espléndidos y fervorosos homenajes, en actuación auspiciada por la Directiva del Centro Universitario que presidía yo entonces.

—De este tiempo ya distante —concluye— en que, como de mi juventud, pese a quebrantos, florecían ilusiones, a estos mis días de ahora, no ha variado mi culto ni cambiado mi juicio sobre la obra literaria del viejo e insigne tradicionista cuya figura, ya melancolizada, cúpome exaltar otra vez

JOSE SANTOS CHOCANO

El poeta departía amablemente con algunos redactores de *La Hoguera*.

Se produjo el saludo cordial del caso.

—¿Sabe usted —me pregunta— lo que me entretenía en este momento? Me dedicaba a pulir un poema intitulado *Rejas líricas*. Oigalo usted.

Chocano me entusiasma con la lectura de su admirable poesía.

Le ruego me la proporcione para publicarla en *Perricholi* y el poeta me responde:

—Tendría mucho gusto en darle este poema a *Perricholi* pero ya está designado para salir en el tercer número de *La Hoguera*.

Después de esto entro de lleno en el reportaje:

—¿Cuál es, en su concepto, la figura literaria más grande que ha tenido el Perú?

Chocano contesta más con el gesto que con la palabra. El gesto lo dice todo. Luego la palabra añade:

—Yo.

A poco el gran poeta agrega:

—Ricardo Palma y Manuel González Prada son dos literatos que se completan. Ricardo Palma representa la evocación y González Prada la renovación. Solo los miopes pueden establecer contraste o diversidad entre ambos. Porque ambos se completan. No se puede prescindir del pasado para hacer porvenir. Ni es posible sustraerse de las fuerzas que traen hacia el porvenir, inmovilizándose en la contemplación del pasado.

—Ricardo Palma —continúa Chocano— tuvo la suerte de vivir al margen de la política. González Prada fué un gran literato a quien la política, desgraciadamente, devoró. De esta manera puede afirmarse que la figura de Ricardo Palma es la más grande de la literatura sin política y que la figura de González Prada es la más grande de nuestra literatura política. A González Prada puede estimársele como literato representativo de la transformación nacional hacia un porvenir que él mismo ya no representa. Ricardo Palma es el representante de la segunda hegemonía del Perú, que es la del virreinato, y de la novela picaresca en que vivió siempre la república hasta la guerra del Pacífico, sobre cuyas ruinas es que aparece la iracunda y profética figura de González Prada.

Para terminar expone el cantor de América:

—En el Perú puede decirse que entre ambas figuras ha quedado definitivamente hecha toda la literatura representativa de la capital; esto es, de la costa. No se de figura alguna que represente la literatura de la sierra, si se exceptúa la labor sólida que constituyen los *Cuentos Andinos* de López Albuja.

—Tocante a la montaña, que en mi concepto señala el Porvenir, esto es, la tercera hegemonía del Perú, no sé tampoco de nadie que haya hecho obra, confesando yo por mi parte que es ella, la Montaña, la que desde mi poema *El derrumbe*, de mis veinte años, determinó el carácter tropical de mi poesía, cuya exuberancia no puede ser entendida sino por los que conocen las selvas tropicales, lo que nosotros llamamos "la Montaña". Y lo que es yo por mi parte, siento verdadera admiración y gran cariño, tanto por Ricardo Palma, como por González Prada, complaciéndome, por lo mismo que de ambos recibí muestras excepcionales de estimación y estímulo, de unirlos en esta ocasión dándole a cada uno lo que es suyo y repartiendo mi espíritu por igual entre los dos.

GUILLERMO SALINAS COSIO

Por considerar de importancia conocer la opinión de don Guillermo Salinas y Cosío, —catedrático de nuestra Universidad Mayor y autoridad indiscutida en todas las cuestiones de arte—, le solicité una breve entrevista que inmediatamente me fuera concedida con la exquisita gentileza que tanto contribuye a acentuar en él ese don de gentes que es una de los perfiles más destacados de su personalidad.

Y cuando este sereno y ponderado crítico de arte, que es, también, uno de nuestros hombres más cultos y estudiosos, se entera de mi propósito, se muestra llano a satisfacerlo, no sin antes decirme con su habitual sencillez.

—La pregunta de Ud., ante todo, debe ser formulada únicamente a los que han hecho de la literatura una profesión, y que, por lo tanto, se encuentran capacitados para absolverla con presteza. ¡Pero yo!

Y como él observa que trato de interrumpirle para manifestarle mi extrañeza por sus palabras que no están, en modo alguno, con el prestigio intelectual de que merecidamente goza, me dice a su vez:

—Acaso tome usted por falsa modestia lo que sinceramente voy a decirle. Pero es un deber mío advertirlo. Si usted, por ejemplo, me interroga sobre cuestiones artísticas, sobre esa materia que yo domino, no sólo le respondería al punto, sino que también lo haría verdaderamente complacido. Todos saben que mis actividades intelectuales no son literarias y que yo actúo en campo distinto. Es por esto que no me creo con suficiente autoridad para emitir una opinión acerca de la encuesta. Pero comprendo, a la vez, que como todo hombre que se interesa por nuestro desarrollo cultural, debo seguir de cerca el proceso de esa cultura, y, por lo mismo, estoy obligado a tener un concepto propio respecto del estado de nuestra literatura; y también a no omitir mi opinión.

Y hecha esta salvedad fundamental que revela en mi distinguido interlocutor un elevado sentido de la vida y de los hombres, me pregunta a su vez:

—Es conveniente saber ahora, con absoluta precisión, el verdadero alcance de su pregunta. ¿Se refiere usted a la más grande figura literaria que ha tenido el Perú?

—Sí, —le respondo.

—¿Exclusivamente literaria?

—Exclusivamente.

—Pues entonces no vacilo en contestar que esa figura es don Ricardo Palma. Palma, en efecto, hizo una admirable obra netamente literaria que no sólo sorprendió a todos los peruanos, sino que también tuvo, —y seguirá teniendo—, enorme resonancia en el extranjero. Fuera del Perú es el escritor que más se conoce y su obra la que más se admira. Ella tiene contornos precisos y ostenta un innegable sello de originalidad. Puede decirse que don Ricardo es un escritor muy nuestro. Con estas palabras creo haber contestado, en forma categórica, a su interrogación. Ahora ya puedo hablar de otros.

—¿Cuáles por ejemplo?

—González Prada es uno de ellos. Imposible ocultar mi admiración por la obra y por la vida de este escritor formidable que en la historia intelectual del Perú tiene singularísimo relieve. Pero yo admiro a González Prada no por su valor literario sino por su espíritu combativo, por su frase rotunda y lapidaria, por su gran amor a la verdad y a la justicia. Por eso, considerando a Prada como a una eminente figura intelectual, necesariamente tengo que colocarlo en un plano distinto a Palma. Y ya sé que usted sólo desea saber cual es la más grande figura literaria del Perú. ¿No es verdad?

—Sí, —le respondo—. Así es.

Y estrecho para despedirme, su mano que me la brinda cordialmente.

RAUL PORRAS BARRENECHEA

—No me creo entre los llamados a responder a esa encuesta, —me dice Raúl Porras, uno de los espíritus jóvenes más equilibrados y de más positivo talento.

Y cuando yo, tratando de vencer su resistencia, le digo que se halla en error al expresarse así, él me dice apresuradamente:

—Así es. Créamelo usted. Su pregunta, además, no obstante su aparente sencillez, es sólo para los técnicos. Y luego las cuestiones de límites que bastan para secar en cualquiera las fuentes del gusto...

Pero convencido, al fin, Raúl Porras, de la necesidad de satisfacer mi deseo, se dispone a hacerlo por deferencia a *Perricholi* y a Gastón Roger, a quien, por conducto mío, pide que no se ensañe con él. Y yo, claro está, le prometo solemnemente cumplir su encargo.

—Entiendo, —murmura luego—, que su pregunta se refiere únicamente a las grandes figuras que ha tenido el Perú, o sea, por lo tanto a las figuras desaparecidas. En este caso, creo que, dada la escasez de nombres de verdadero relieve en nuestro pasado literario, su interrogación se resuelve en un paralelo inagotable y lleno de acritudes: el de Ricardo Palma y González Prada, los dos caudillos de nuestra política literaria tan irreconciliable y cismática como la otra. No creo que haya habido, antes de ellos, figura alguna que pueda parangonárseles. La colonia, por otra parte, —con perdón de la autocita—, no ofrece sino el insostenible servilismo de los alejandrinos curvados ante el triple absolutismo del Rey, del Santo Oficio y de Góngora.

—¿Olvida usted a Garcilaso?

—No. Garcilaso trae, es cierto, sabrosas remembranzas de la égloga incaica y es piedra angular desde el punto de vista nacional e histórico. Pero literariamente, resulta insípido y descolorido junto a su coetáneo el límpido y elegante López de Gomara. Después de ésto, la literatura nacional no ofrece nada, nada consistente, nada que sea, en fin, el símbolo de una vocación tenaz, ni que haya cuajado en moldes definitivos. Es, podría decir, una sucesión de ensayos trunco, de tímidos escarceos, de imitaciones elegantes o serviles. Literatura de chispazos impropia para el vuelo largo y señero.

Y después de estas observaciones y reflexiones que, con ayuda de la memoria, procuro reflejarlas lo más fielmente posible, Raúl Porras adopta marcada seriedad en la actitud para decirme a manera de respuesta categórica:

—Solamente en Palma y en González Prada hallamos la originalidad, la persistencia en el propósito artístico, la preocupación literaria y sobre todo, la obra necesaria para una calificación. Palma y Prada son, pues, los hierofantes. Pronunciarse por uno o por otro es escoger entre dos géneros impareables: el panfleto y la tradición. La respuesta traduce tan sólo mis preferencias personales. Hay quienes asientan que las páginas de González Prada superan por su intención social. Y, sin embargo, en nombre de un arte militante, no sería fácil pronunciarse por uno de ambos géneros irreverentes. Creo que la tradición con sus burlescas creaciones corpóreas, fué tan eficaz, y, acaso más sutil, que los denuestos marmóreos para destruir prejuicios y supersticiones coloniales. Yo, artísticamente, prefiero las *Tradiciones*. Palma creó con ellas un género inimitable y un panorama de nuestra historia. Ciertamente es que González Prada fué un admirable cincelador de la frase; pero al cabo fatiga tanto martillazo. A los veinte años, —en la fé del bautismo y en el corazón—, declaráramos con exageración provinciana las frases metálicas de Prada. Ahora sentimos un poco la monotonía de aquellas acusaciones lapidarias y refrenamos nuestra admiración por ese Zarathustra que jamás descendió de su montaña. Y, en cambio cada vez que la imaginación lo solicita, gustamos, con renovada curiosidad, de internarnos, lejos de la prédica irritada de nuestro Savonarola laico, en la Florencia pecadora e insinuante de las *Tradiciones*.

ANTONIO GARLAND

En concepto de Antonio Garland, escritor de generosa inquietud, —en Arte no puede establecerse ningún criterio absolutista de crítica estableciendo superioridades indiscutibles. Porque, según él, no sólo hemos de conformarnos a la impresión temperamental de quien juzga, sino hay que engarzar el concepto en relación con la época de los autores, las influencias artísticas y sociales de su tiempo y también los caprichos del gusto.

—Cualquier zoilo ramploncete, —me dice—, afirmará lo mismo: no pretendo ser aparentemente original, cuando lo único que usted puede esperar de mi juicio es la conformidad con una de mis pocas virtudes de Arte y en Vida: sinceridad.

Y después de este breve y oportuno exordio, Antonio Garland, a una pregunta más, responde:

—Todo nuestro ayer romántico es un mamarracho. Torpes iniciaciones del huero retoricismo español y de sus líricos llorones y cursis. A través del trópico, ese mal gusto aumenta con el calor y las revoluciones. Apenas si se salva el nombre de Salaverry. Y luego, vencidos grandes compases de tiempo, surgen los dos únicos nombres capaces de salvar una tradición artística: don Ricardo Palma, creador en el sentido exacto del vocablo, y González Prada, a quien, —¡todavía!— no conocemos suficientemente. La muerte ha nivelado en el sentido admirativo dos figuras singulares a las cuales separó la vida. Los nuevos no podemos entregar a ese pasado, que ellos representan, sino la total expres-

sión de respeto. Palma, es, desde luego, más nuestro. Es el creador como ya he dicho. Es el alma inviolada de la Lima tradicional, de esa Lima que algunos jóvenes lectores del niño Vargas Vila pretenden empujarse porque no quieren advertir que casi por entero ha llenado hasta hace poco, con su historia y con su espíritu, la vida nacional.

—¿Son éstas, —interrogo a Garland—, las figuras de mayor relieve en nuestra literatura?

—No. Hay otras. Con Chocano por ejemplo, surge el poeta enorme que ha sido, que es y que perdurará como el cantor de América; de esa América en que él fundió la gracia heroica del virreinato, con el estallido todo salvaje de sus selvas y de sus Andes.

—¿Y los demás poetas?

—Los otros, ante la gran sinfonía chocanesca, apenas si representan la línea melódica. A alguno de ellos yo admiro con la misma capacidad receptiva de emoción con que nos sorprende la cabalgata de las Walkyrias y una dulce y sencilla sonatina de Haydn.

Mi amable interlocutor se explaya, con ese entusiasmo juvenil que tanto le distingue, sobre este y otros aspectos de la encuesta. Y en seguida, para precisar sus ideas con respecto a la época actual, me dice:

—Si en algún escritor, en relación con el presente, podría yo concretar mi plural admiración invariable, sería en Ventura García Calderón, que no sólo es la más pura gloria artística del Perú contemporáneo, sino que su obra literaria tiene, más allá de las patrias fronteras, una equivalencia en la prosa castellana análoga a la influencia que Rubén Darío ejerció en la poesía. Ninguno, antes que él, ni el guatemalteco, hoy argentiniado, Gómez Carrillo, captó tan maravillosamente las ignoradas armonías del idioma, sus matices perfectos, su acento preciso. Su arte es, a veces, una serpentina de colores. Aparentamos desconocer a este peruano admirable que en todo adora lo nuestro.

Garland me dice luego con absoluta seguridad en el acento y en el gesto:

—Yo le diría, amigo mío, para concretar, que, de quince años a esta parte, podemos colocar en una balanza, de un lado, la obra de Ventura, y, en otra, cuanto se quiera. Yo sé lo que marcará el fiel para quienes gustan de pesas legítimas. Y no olvidemos, tampoco, que Clemente Palma es uno de los más admirables cuentistas continentales y que Felipe Sassone es un gran dramaturgo.

—Pero observo, —le digo a Garland—, que, no obstante sus apreciaciones tan interesantes, no ha concretado usted casi nada.

—Es verdad, —me responde sonriendo—. Nada, en rigor, he concretado. No importa. ¡Pero es que ni aún en el amor podemos llegar a las definiciones absolutas...!

JORGE BASADRE

En la nueva generación literaria Jorge Basadre tiene un simpático relieve. Posee marcada curiosidad intelectual y es vehemente su preocupación por los problemas que hoy inquietan a la humanidad.

—Le confieso sinceramente —me dice cuando le informé del objeto de mi visita—, que nunca se me había ocurrido elegir, como se elige, pongamos por caso, una reina del carnaval, a la más grande figura literaria nacional. ¿Y usted sabe por qué?

—No, —le respondo—. Y tengo interés en saberlo.

—Por dos razones que son muy fáciles de explicar. Porque carezco, en primer lugar, de autoridad, y, también, por que no creo que en arte puedan emplearse, como en una tienda cualquiera, las medidas.

—Pero suponiendo, —le interrumpo—, que se viera usted precisado a escoger, ¿cuál sería su opinión?

Basadre sonríe levemente y me dice enseguida:

—Es que mi inquietud juvenil hubiera derrocado constantemente a cada candidato triunfante.

—Lo cual quiere decir que en arte es usted politeísta.

—Efectivamente. Mis admiraciones no son exclusivistas y mis preferencias, por lo tanto, varían según el estado de ánimo y los puntos de vista. Pero ya sé, por el tenor de su pregunta, que usted, ante todo, lo que quiere es que yo le dé mi opinión categórica. ¿No es así?

—Pues bien. Voy a satisfacer su deseo en forma bastante clara y breve. Los que más me gustan entre los literatos nacionales, son, sin disputa, Eguren y Vallejo, en la sujeción de lo inefable. Valdelomar en la prosa diáfana.

—Pero éstos son, —apunto yo—, los modernos, los de hoy, acaso los más recientes. ¿Y los otros? ¿Los de ayer no le cautivan?

—Como no. González Prada y Ricardo Palma figuran en primer lugar. Prada en la prosa fuerte y combativa y como precursor de una aurora formidable. Ricardo Palma, en cambio, es la neta expresión de lo limeño. Y ya ve usted que, si sigo por este camino, claro está que tendré que rendir homenaje, pero sin servilismo a Chocano. Y otro tanto

podría decir también del discurso de Choquehuanca a Bolívar, que, en mi concepto, es, quizá, la más alta nota de genio que ha tenido la literatura peruana. Y así, por el estilo, otros casos más.

Y el joven escritor, con una sencillez amable, prolonga en forma sugestiva su amena charla al tratar de este tópico que indudablemente tiene, para él y para muchos, importancia verdaderamente capital; agregando al mismo tiempo, como él observa, que si se quiere dar a su contestación un sentido lírico e íntimo, prescindiendo de cartabones preceptivos y de conceptos generales, tendrá que insistir en citar a Eguren y a Vallejo.

—Y de este juicio mío —me dice Basadre para terminar—, será responsable únicamente la sensibilidad, pero de ninguna manera el pensamiento.

CARLOS SOLARI

Robándole algunos minutos a la intensa labor diaria que lo abruma en la casa de *El Comercio*, logré entrevistar a Carlos Solari, quien, con la amabilidad y gentileza que lo caracterizan, se presta gustoso a la *Interview*.

—¿Quién es en su concepto el literato más grande que ha tenido el Perú?

—Ricardo Palma, indudablemente, —dice sin titubear—, Carlos Solari. Y agrega: Su idealización de la colonia constituye una labor de maestro de primer orden. Es preciso pensar en la cantidad de valores que se juntan en esa optimista reconstrucción, que viene seduciendo a varias generaciones. Imaginación formidable, intuición certera, sentido estético del pasado, identificación espiritual con siglos de tendencias radicalmente diferentes a las de los años en que fueron escritas las *Tradiciones*, percepción del polvo luminoso de viejos papeles que contenían el soplo de vida de pretéritas almas, y, por último: creación de un estilo castizo para traducir con propiedad la fuerte acentuación del ambiente grácil para dar animación a incidentes que muchas veces no tenían más interés que el proyectado sobre ellos por el ingenio del autor, y travieso a fin de que en sus revoloteos se perdieran las separaciones de la historia real y la historia socarrona.

Cuánto y cuánto mérito agrupado en una sola y continuada labor.

—Cree usted que está definitivamente plasmada en la opinión del Perú la labor de Palma?

—El tiempo es el gran juez de las obras de arte. Con el tiempo el prestigio de las *Tradiciones* no hace sino acentuarse aquí, y lo que es mucho más importante, en el extranjero. Dado el carácter local de las *Tradiciones* sus adeptos en el extranjero son testimonios irrecusables del fundamental valor de esas nutridísimas páginas.

—Antes de terminar, —añade el cultísimo periodista—: Por nuestro en el más estricto sentido de la palabra, por original, por la consolidación que el correr de los años efectúa en su obra, por la sugestión que ésta ejerce en cuantos a ella llegan Palma es, repito, el literato más grande que ha tenido el Perú.

R. MORALES DE LA TORRE

Recibo encargo del director de *Perricholi*, y me traslado *ipso facto* a Ancón, el histórico y silencioso balneario que, tras los médanos vagabundos, esconde su gracia pintoresca que abanicen las palmeras. Voy hacia la playa aristocrática con el exclusivo objeto de entrevistar a Raymundo Morales de la Torre, que en ella anualmente se refugia en pos de reposo y de horizonte.

En la playa encuentro a Raymundo.

Prejuzga mal al creer difícil el empeño de arrancar de su premeditado aislamiento al distinguido prosador, cuya obra literaria se mantiene al margen de la agitación del periodismo militante.

—Como usted ve —me dice— aquí me ocupo en escribir libre de todo y de todos. Este es un lugar encantado en su quieto silencio. Sus mañanas son de una diáfana transparencia y sus atardeceres un milagro que transfigura el poniente. Aquí se puede vivir con uno mismo.

—¿Está usted terminando, acaso, su anunciado libro?

—No, lo tengo casi abandonado. Lo encontré falto de unidad constructiva, de interés permanente. Quiero hacer algo más, que tal vez resulte algo menos. La crítica lo sabrá. Compongo un libro que me sugirió Chocano aquella tarde que en "Entre Nous" me oyó *La canción de gesta*. Se llamará *Gerifalte*, y espero terminarlo este verano. He bebido su inspiración histórica legendaria en antiguos cronicones y viejos romances castellanos. Su fondo es humano y español. Pedo dígame usted, ¿a qué debo el honor de esta visita.

—A un encargo de la revista *Perricholi* que quiere saber la opinión de usted sobre

este trascendental asunto: ¿cuál es en su concepto, la figura literaria más grande que ha tenido el Perú?

—La figura se refiere al pretérito, por que dice: que ha tenido el Perú. Pues bien, me parece que ha de ser, en propios y extraños, unánime la respuesta. El Perú, en su pasado literario, no tiene mayor figura que la de don Ricardo Palma, y esto no necesita explicación. Tuve el honor de entregar en fiesta memorable el álbum con que la juventud de América ofrendó al tradicionalista la admiración de un continente. En el discurso que hice para tal oportunidad, y que replicó la prensa, expresé todo mi fervor por la obra única y excelsa de Palma, y todo el respetuoso y fiel afecto que le profesaba y que a su recuerdo y a su gloria profeso todavía.

MARCIAL HELGUERO Y PAZ SOLDAN

Marcial Helguero y Paz Soldán, cultísimo diarista y antiquísimo colega mío, me acoge con su habitual cordialidad e, interrumpiendo su actividad periodística se muestra accesible a mis preguntas, no sin antes pretender eludir las con frases de fina ironía. Pero, yo insisto con tenacidad, y "Marlaci" me responde así:

—La pregunta que usted me hace me pone en serios atrenzos.

—¿Por qué, mi querido Marcial?

—Primeramente porque mi opinión no influiría ni en desmedro ni en brillo de los valores literarios que ha tenido el Perú. Con mi apreciación o sin ella, y aún la de los demás, la labor mental de nuestros escritores tendrá, siempre, la perennidad que la gloria haya querido o quiera darles. Yo me considero muy pequeño para discernir la gloria. Hay otros en esta tierra de los cerebros bien conformados y de los espíritus eruditos, que son o se creen ser dueños de ese mágico poder que a mí me espanta tan solo de pensar que pudiera poseerlo.

—Además, —continúa— yo no soy ni poeta ni literato, ni siquiera deseo parecer alguna de estas dos cosas. No me interesa. Y no me interesa porque no puedo serlo. De otra parte, he leído muy pocos libros nacionales, pues casi toda mi vida ha estado concretada a leer periódicos, con gran deleite mío. Verdad, también, que hay periódicos que nutren el espíritu más que la lectura de cien libros, pero con todo, expongo sinceramente que mi insuficiencia literaria me redime de declarar enfáticamente, —entiéndase bien, enfáticamente— cuál ha sido la figura que se ha destacado con más relieve en los siglos muertos y en el momento actual, en el arte literario del Perú. Eso queda para los otros.

ALEJANDRO URETA

Después de larga búsqueda encuentro, por fin, al hermano Alejandro, como le llamamos cariñosamente, todos sus camaradas. Le participo mi propósito de reportearlo, y enfilamos luego a *El Comercio* donde el incorregible bohemio labora y allí cómodamente instalados, *tete á tete*, interrogo.

—¿Quién es en tu concepto, el literato más grande que ha tenido el Perú?

—Te diré: En el concepto que la palabra literato sugiere, el Perú en su vida independiente, no ha tenido uno que responda, verdaderamente, no sólo, al vocablo sino al concepto mismo. Literatos criollos los hemos tenido muchos y muy buenos. Pero, fuera del Perú, no han sido consagrados. Sin embargo, el único gran literato "nuestro" ha sido, sin duda, Ricardo Palma.

—¿Por qué?

—Porque Ricardo Palma, aparte de ser un literato evocativo, pintoresco y original, es el único que ha traspasado en triunfo las fronteras. Ha sido consagrado en los países de habla castellana y en ellos ha influido su literatura.

—Tú que has viajado por el extranjero, ¿has podido comprobarlo?

—Con mucha frecuencia. Citaré un caso: No se trata de un país. Viajaba hace años entre Burdeos y La Habana en un "paquete" francés. El sol de las Antillas me sofocaba. Abordo, nada había que hacer. Requerí, entonces al bibliotecario —que por ende era el cantinero— quien me entregó las llaves de los estantes y naturalmente, mi búsqueda se tenía que relacionar con libros en español. No encontré sino dos obras en castellano, *El Quijote* trunco y las *Tradiciones* de Ricardo Palma.

—Antes de terminar he de advertirte —añade Ureta— que no se debe confundir la labor literaria con la intelectual menos con la histórica. Además, me has cogido de sorpresa y la verdad es que es muy difícil pronunciarse sobre este tema en un simple reportaje.

—Adiós hermano!

FELIPE ROTALDE

En la redacción de *La Crónica* encuentro a Felipe Rotalde; entregado de lleno a su infatigable labor diaria. Rotalde no opone resistencia alguna para responder a mi pregunta. Por el contrario, se apresura a satisfacer mi indiscreta curiosidad. Sin los titubeos, que a veces, una interrogación disparada a boca de jarro produce, Rotalde expone:

—En mi concepto, Ricardo Palma es el más grande y el más representativo de nuestros literatos. Representa a la Lima del pasado, a la de hoy y a la de mañana. Es inmortal como la misma ciudad, que cambia de trajes, pero que conserva su misma frescura espiritual, y la picardía y lisura tan proverbiales en las limeñas. Dentro del concepto puramente nacionalista, Palma refleja, además, todos los matices de la vida peruana, y avanzando fuera de las fronteras, también, refleja la misma animación de un ambiente general para todos los pueblos americanos del sur, tan semejantes en costumbres. Es pues, un representativo de toda la América española. Por eso, y porque sembró en tierra fértil que no ha de agotarse nunca, es el primetro en mi admiración.

—¿Y quiénes siguen en su simpatía y en su admiración al ilustre tradicionalista?

—González Prada puso todo su fervor en obra nacionalista también. Se ha hablado de la forma, pero esto es un accidente. En el fondo toda su peruanidad fué valiente ante el abatimiento de un pueblo en derrota. No hizo mal al poner hierro candente sobre heridas no cicatrizadas. Su obra es valiosa y digna de ser seguida con fe y entusiasmo.

—José Santos Chocano —añade Felipe Rotalde—, es asimismo, un signo máximo de nuestra literatura. Mi impresión es admirativa ante este poeta a quien considero el primero de América por su machedumbre y su imaginación prodigiosa. José Eguren tiene para mí un sentido claro, puro, de romance escondido. Días vendrán en que Eguren pasará a ocupar el sitio que le corresponde en la evolución de la nueva poesía americana. Y por último tengo en César Vallejo la fe más profunda. Es un representante formidable de la raza de hoy, un caso genial de indio profundo y luminoso. Estoy seguro que vendrá de París a alumbrar nuevos senderos con luminosidades nunca vistas.

—¿Quiere decir que usted tiene mucha fe en el porvenir de ellos?

—Efectivamente, vibra en cada uno de estos fuertes espíritus un concepto muy claro de americanismo, esa fuerza tremenda que se va alzando en esta ubérrima porción del mundo y que habrá de plasmar sus ansias insatisfechas en futuro próximo. Para entonces, cada una de estas figuras destacará con aureolas infinitas animando a los legionarios de la nueva raza fuerte.

EMILIO GUTIERREZ DE QUINTANILLA

Cuando el director del Museo de Historia Nacional, don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, se entera del objeto de mi visita, abre desmesuradamente los ojos, y, sonriendo levemente, me revela su sorpresa.

—Su pregunta —me dice luego— dentro de su aparente sencillez, tiene, sin embargo, una gran complejidad que no me permite contestarla satisfactoriamente. ¿Y sabe usted por qué?

—No —le respondo—. Y me sentiría muy dichoso si usted tuviera la bondad de explicarme la verdadera razón por la cual no le es posible absolver mi interrogación en forma concreta. Porque lo que yo deseo, ante todo, es que me diga cual es, en su concepto, la figura literaria más grande que ha tenido el Perú. Se trata de una opinión autorizada que *Perricholi* no puede dejar de consignar.

Mi amable y culto interlocutor divaga brevemente acerca de la autoridad de algunas opiniones y en seguida me responde:

Yo me encuentro incapacitado para satisfacer sus deseos.

Y como observa que me causan extrañeza sus palabras, agrega.

—No es, desde luego, que yo me considere inútil para opinar en este caso. De lo que se trata es de otra cosa. Es de la forma como plantea usted su interrogación. ¿La figura literaria más grande? Pues bien. Dentro de la literatura caben muchas especialidades, *verbí gratia*, la novela histórica, la novela romántica, la poesía en sus diversos géneros. Para que yo pueda emitir una opinión clara y terminante, sería indispensable saber a qué género se refiere usted. De otro modo correría el riesgo —¡del que Dios me libre!— de entrar en una larga serie de consideraciones algo absurdas y de terminar por no ser sincero.

Insisto en que Gutiérrez de Quintanilla ya que no desea entrar en explicaciones más o menos ligeras, me de, al menos, un nombre de las grandes figuras literarias que hemos tenido en el Perú. Pero su decisión, por lo visto, es inquebrantable.

—¡No! —murmura—. ¡Nombres no! ¡Ni uno siquiera! ¿Cómo puedo citar un

nombre si usted no concreta su pregunta sobre determinado género literario? Pregúnteme usted en este sentido y entonces tendré mucho gusto en responder con la franqueza que siempre acostumbro hacerlo. Después de todo, su interrogación es tan amplia, de una amplitud tan excesiva, que en verdad impide la contestación. Y ésta es mi respuesta!

CARLOS WIESSE

Don Carlos Wiese pasaba por frente a la redacción de *Perricholi*.

—¡Eh, don Carlos! ¡Don Carlos!

El maestro se volvió un poco sorprendido. Luego incursionó en las oficinas de nuestro semanario.

Se habló de muchas cosas. De Arica y Tacna. De Garfield y Coolidge. De Briand y Venizelos.

De pronto:

—Oiga usted don Carlos, en concepto de usted ¿cuál es la figura literaria más grande que ha tenido el Perú?

—Yo en realidad vacilo entre Garcilaso y Ricardo Palma. Garcilaso ha sido, entre nosotros, más universal que nadie. Su obra resultó fuente de inspiración para dramaturgos franceses y castellanos, y es el primero y el más brillante de nuestros historiadores. Por lo que hace ahora a Palma, tengo el concepto que sus *Tradiciones* son la más alta manifestación de la literatura nacional contemporánea.

Seguimos charlando de otras cosas. De grafología y literatura. De política e historia.

Y de repente don Carlos, todo bondad y sabiduría, se encasquetó el sombrero pajizo y se marchó.

ROBERTO MAC LEAN

El poeta Mac Lean cuya reciedumbre mental le lleva a menudo a los juicios más concretos y terminantes, se expresa de esta suerte:

—Difícil pregunta la suya, mi amigo. Abarca cuatrocientos años de literatura. Cada etapa ha tenido su más alto exponente literario. El Inca Garcilaso de la Vega fué el más grande valor del siglo XVI como debía serlo, muchos años más tarde, el poeta festivo del Valle y Caviedes.

—Enmarcados en la perspectiva del tiempo valen ellos tanto como Peralta y Bar-nuevo dentro del gongorismo colonial, Manuel Ascencio Segura en los albores de la República, y Ricardo Palma y González Prada en nuestros días.

Cada autor escribe para su época y cuando logra llegar al alma misma del pueblo, obtiene máximas consagraciones.

—¿Cree usted que los lectores de *La Florida del Inca* saborearían con más gusto la aguda ironía del *Diente del Parnaso*? Para el público del culteranismo, Peralta fué, tal vez, más grande que el Palma de nuestros días. Nosotros no cambiamos las *Tradiciones* por *Lima Fundada*. Acaso con ellos hubiera ocurrido lo inverso.

Nuestro juicio, por eso, acerca de los valores intelectuales tiene que encerrarse dentro del relativismo de nuestra época.

Yo creo pues, ajeno al endiosamiento póstumo de quienes le atribuyen apostolados inverosímiles, que el cetro corresponde a Manuel González Prada. Tuvo el Maestro la audacia de hablar a gritos en un ambiente monástico que se estremecía con el aleteo de un insecto. Labrada a cincel, cada frase suya es una arenaga y un fuetazo. Es el fuego que devasta y que purifica. Es el águila y el rayo. Es el clarín y el látigo.

JOSE CHIOINO

José Chioino, fuerte y noble poeta lleno de originalidad y sinceridad me dice:

—Soy poco partidario de las clasificaciones sobre el mayor o menor mérito de los artistas. Me es difícil establecer un 18, un 19, o un 20, entre los genios literarios de otras épocas, otros países, o el nuestro. Cuando se llega en arte a cierto orden de producción perfecta —dentro de su época— se tiene opción para que el resto de la humanidad opine sólo en virtud de sus gustos, escuelas, o tendencias. Pretender afirmar rotundamente el que más vale, es simplemente manifestar una predilección sentimental, o intelectual; cuando no una necesidad ciclópea, como sucede con los analfabetos del Arte y la Literatura, aunque sean profesores de estética, o rimadores de lugares comunes.

En atención a su prosa cincelada, y heroica —en aquel tiempo— don Manuel Gon-

zález Prada es una figura que se impone entre las primeras de cualquiera clasificación. Otro tanto cabe decir de José Santos Chocano, pese a los que juzgan su arte por lo que hizo, o dejó de hacer en su vida; que además conceptúo pintoresca y plena de sanciones contra la burguesía y el filisteísmo.

Clemente Palma, con sus *Cuentos Malévolos* puso una nota brillante y desconocida en nuestra literatura.

De José María Eguren, cábeme decir que es uno de los poetas de todos los tiempos, que hizo mayor impresión en mí.

Ventura García Calderón, Valdelomar, tienen páginas geniales.

—Cómo decidir, entre ellos, el que más vale para mí...

—Tal vez en hora de lucha diaria: Prada; prestando oídos a un instante de misantropía justificada: Palma; escuchando al alma aventurera y orgullosa: Chocano; cuando un sueño se hace vida, o la vida se inmola, en silencioso heroísmo, por un sueño que se rompe como un juguete de niño: Eguren.

—Y más de una vez, cuando quise decir lo que el alma escondió, muy hondo, o muy triste, sólo pude rezar ante el misterio de una noche, o junto al oído bienamado, unos pobres versos míos. En esos instantes, sólo yo era el autor predilecto para estrujar un beso entre los labios, o una pena bajo mi corazón...